

BUENOS AIRES

EN 100

PALABRAS

Los mejores
100 cuentos
de la tercera
versión del
concurso

BUENOS AIRES EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA
TERCERA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Septiembre de 2025

Selección | Fundación Plagio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plagio
y Patricia Holmqvist
Edición | María Elvira Woinilowicz

ISBN: 978-956-9304-69-9

www.buenosairesen100palabras.com
Impreso en Argentina
DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA

**BUENOS
AIRES**

EN 100

PALABRAS

Los mejores 100
cuentos de la
tercera versión
del concurso

¿Bastan cien palabras para contar una ciudad? Este año quise hacer el ejercicio de escribir este prólogo respetando esa consigna. Creo que las ciudades, como su cultura, se construyen de manera colectiva, a través de las miradas singulares de sus habitantes. Por eso es una gran alegría acompañar una vez más desde el Gobierno de la Ciudad la iniciativa de contar Buenos Aires en 100 Palabras. No solo por el estímulo que significa para la creación literaria porteña, sino porque el resultado que leerán en este libro es una semblanza diversa y profunda de esa identidad que hacemos entre todos.

GABRIELA RICARDES

MINISTRA DE CULTURA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

En este nuevo libro de Buenos Aires en 100 Palabras leerás los 100 mejores cuentos dentro de los cerca de siete mil cuentos que llegaron este 2025 a la tercera edición del concurso de cuentos breves.

Como Fundación Plagio estamos felices y orgullosas de llevar a cabo este proyecto en la capital argentina y conocer esta ciudad maravillosa con sus luces y sombras por medio de las voces de sus habitantes.

Esperamos disfruten estos relatos, los comenten, les diviertan y les inspiren a contar su propia historia.

FUNDACIÓN PLAGIO

La música estaba fuerte, como a mí me gusta

Estábamos en la terraza de un bar intercambiando nombres de bandas indies, como figuritas raras e importadas. Saqué mi celu para mostrarles la que me enloquecía hace unos años, y entre los primeros links veo el titular: el próximo mes tocaban acá. Me quedé dura. Yo sabía que las figuritas difíciles no vienen a Buenos Aires, y nunca me animé a ir sola a ningún lado. Me sentí orgullosa cuando compré la entrada después de mil vueltas, fui toda tímida y valiente a hacer la fila, y atrás apareció otra chica sola. Me relajé, sola no estaba, éramos todos coleccionistas.

DENISSE MENTA, 31 AÑOS, LOMAS DE ZAMORA.

Manuela Pedraza, la tucumanesa

Apenas viuda, tomó el fusil y se santiguó. Buscó al inglés entre los ingleses y, de un disparo al pecho, vengó al marido. Entre el tumulto, se incorporó polvorienta y avanzó hacia el fuerte. Encontró al segundo y le atravesó las tripas con la bayoneta. Caído el rojo, le arrebató el fusil que, proclamada la victoria, presentó en trofeo al comandante Santiago de Liniers. Mientras la turba de milicianos criollos vituperaba al invasor rendido, el futuro virrey le preguntó: «¿Por qué lloras, mujer? Hemos reconquistado la ciudad, ¡Alégrate!». «¿Alegrarme, vuestra mercé...?, pero si yo he sido derrotada».

GABRIEL ÁVALOS, 37 AÑOS, NÚÑEZ.

Farmacia

Elisa y Ana eran empleadas en la farmacia de mis abuelos, un local largo y angosto en la intersección entre Esmeralda y Paraguay. Era una de esas farmacias que existían antes de que todas se volvieran iguales y tuvieran góndolas como los supermercados. Mi abuela me contaba historias fantásticas de la esquina. Decía que antes de convertirse en farmacia, había sido el cruce entre una fragata española y un país vecino. La confluencia entre una piedra preciosa y un cacique guaraní con corona de plumas; el choque entre un color verde azulado y un río que viene del mar.

ANDREA KOBILSKY, 51 AÑOS, NÚÑEZ.

Buenos Aires al sol

Los vapores de un barco de 1930 se fundieron con la neblina del Río de la Plata. Gino bajó escalinatas en tierra firme. Un papel con su apellido paterno y un hombre desconocido lo esperaba erguido y tambaleante. Conocería a su primogénito por primera vez. Un espejo del tiempo se dibujó entre las caras de esos dos hombres que se confundieron en el cabello, el idioma y las espaldas. Llevarían la marca del barco y sus vapores por el resto de sus años. La lluvia dilapidaba el puerto de Buenos Aires y ninguno lloró el destierro. Esperaban el sol.

ROMINA PALESTINI, 50 AÑOS, VICENTE LÓPEZ.

El beso de Rodin

Tenía diez años la primera vez que mamá me llevó al Museo Nacional de Bellas Artes. Habíamos viajado a Buenos Aires en tren. Era una tarde fría. Recuerdo que, cuando entramos, nos sacamos las camperas y tuvimos que cargarlas por todas las salas. Mamá nos guiaba y nosotros la seguíamos. Cada vez que vuelvo, en mi cabeza estoy haciendo otra vez ese primer recorrido. Rodin y Modigliani siguen siendo mis preferidos. Seleccione unas cuantas fotos y las posteo en Instagram. Hoy la tarde está azulada y gris como las alas de un murciélago.

MÓNICA JOSID, 45 AÑOS, MERLO.

Un pasajero más

El subte se trasladaba a gran velocidad. El niño tambaleando se abrió paso entre la multitud. Una a una dejó sus estampitas en las piernas de los pasajeros que lo miraban con indiferencia. Dios lo bendiga, rezaba aún cuando no se hacía de moneda alguna. En cada vagón repetía esa rutina y su determinación lo mantenía en pie. De repente, un malabarista callejero logró cautivar a todos los presentes. El pequeño quedó hipnotizado, asombrado por la destreza del joven. Su cara sucia se transformó en una tierna sonrisa, olvidó lo que estaba haciendo y se sintió como un pasajero más.

MARIANO ANDRÉS GALLI, 57 AÑOS, MATADEROS.

La parada

Yo cuando era chica vivía en Quilmes. Éramos muy pobres. Ya desde los doce me rompía el lomo trabajando de lo que podía, porque hay que ver a quién le sirve una nena medio desnutrida para el laburo. En mi primer trabajo me mandaron a repartir panfletos en Corrientes y Scalabrini. Me tomaba el 159 y después el 24, siempre venía lleno: hasta el conductor se incomodaba. Cuando llegaba, me ponía a repartir los panfletos hasta las 21 y de ahí me volvía a casa. De vez en cuando paso por ahí y me quedo mirando la parada.

OLIVIA ROJKIND, 14 AÑOS, VILLA CRESPO.

La cuenta

Premio al Talento Joven

Estoy con mi papá, solos en la pizzería Güerrín. Vinimos hace un rato, yo no tenía hambre, pero sí un mal presentimiento. Hace quince minutos que se fue al baño y todavía no volvió. Cada minuto que pasa, entro en desesperación porque ya pidió la cuenta, pero no la pagó. El mozo me mira para que pague, pero solo soy una niña. Pasan veinte, treinta minutos, una hora, y él no vuelve. El sonido de las agujas del reloj es cada vez más intenso. Somos los últimos y ya quieren cerrar.

VALENTINA CHARO FERNÁNDEZ, 12 AÑOS, BELGRANO.

Donde quieras estar

Tenía la foto de mi mamá en la mano. Ella, parada en el patio de nuestra casa en Devoto. El sol la cubría como una sábana y su sonrisa era curiosamente genuina. «Cuánto daría por estar ahí, miro la foto y puedo sentirla», pensé. Una lágrima de bronca paseó en mi cara. No sé cuánto tiempo estuve mirando, pero empecé a enfocarme en el fondo, en los detalles. Detrás de ella había una ventana, debido al sol esta actuaba como un espejo negro. La miré con mucha atención, había una figura sin forma; era un nene, era yo. Ja, estamos juntos.

DANTE CARPENA, 23 AÑOS, VILLA GENERAL MITRE.

Los recuerdos de la biblioteca

Un estudiante de literatura visita la Biblioteca Nacional todos los días, pero esta vez algo fue diferente. Mientras buscaba libros sintió una extraña energía que provenía de un rincón. Aunque le pareció raro, decidió acercarse. El único libro que encontró no tenía título ni autor. Al abrirlo, fue invadido por recuerdos, pero no eran los suyos. Eran recuerdos de un Borges pequeño, con su miedo a los espejos. Cada página lo transportaba a un recuerdo. Siempre regresaba hipnotizado. Sin embargo, comprendió que hay recuerdos que prefieren no ser revividos. Cerró el libro y decidió no volver más.

LUCAS CORRAL BREST, 14 AÑOS, PALERMO.

Libertad de vientres

Tengo seis años, nací en 1813 en la Real de Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre, mi familia es oriunda de África. Siempre me intrigaron las marcas que mi papá y mi abuelo tenían en sus muñecas, como también las cicatrices en la espalda de mamá. Un día, caminando por el campo, vi al tío Rosendo arriando vacas, y ellas también tenían marcas. Le pregunté: «¿Quién les hizo esas marcas a las vacas?». «El patrón», me contestó el tío, «porque son de su propiedad. Como nos marcaban a nosotros, los esclavos, antes de que vos nacieras, Libertad».

CARLOS PÁEZ, 81 AÑOS, FLORESTA.

La máquina de coser

El gusto en mi boca era amargo. No estoy segura de si fue el café o los hombres que irrumpieron en el bar. Se dirigieron a mí y me esposaron. En la calle Canning y Santa Fe se escuchaban mi nombre y apellido revelados por mis gritos. Me someten a cautiverio sobre una autopista y derraman vino tinto sobre mi piel por no reconocer otro rostro reflejado en la sevillana que gozaban. Les doy, por fin, lo que querían: el paradero de mi marido. Y aquel señor que desapareció colores me pide directrices acerca de cómo manejar la máquina de coser.

VALENTINA MORENA VÁZQUEZ, 14 AÑOS, ALMIRANTE BROWN.

Sirena del Plata

Sentada en un banco de Plaza San Martín, observa a las palomas danzar en el cielo y confundirse con las nubes. A sus pies, remolinos de hojas secas imitan ese mismo baile, como un espejo. Al rato, son las hojas las que dan vueltas allá arriba, mientras las palomas corretean alrededor de sus piernas. Se toma el 45 hasta el Parque de la Memoria (¡ay, cómo quisiera ella borrarse la suya!), se tira al Río de la Plata y, sobre un colchón de flores, junto a sus compañeras, las ramas y las hojas, se vuelve flotando río abajo hasta Mar del Plata.

CAMILA VALENTINA GALEPPI, 26 AÑOS, PALERMO.

El Aleph (reloaded)

Buenos Aires guarda secretos más inquietantes que París o Londres, me lo dice un viejo librero. Me cuenta que acá, en su librería de la calle Corrientes, hay un sótano que esconde una esferita que gira, donde cabe el universo. «No es cierto», le digo; esa esfera está en la calle Garay, en la casa de Beatriz Viterbo. «Estaba», replica. «Yo la robé antes de que demolieran ese inmueble». «¿Quién es usted?», le pregunto, alarmado. Y el viejo, como si hubiera esperado toda una vida para confesarlo, responde: «El hijo de Carlos Argentino Daneri».

MARCO QUELAS, 52 AÑOS, PALERMO.

Inventario

Mención Honrosa

Mi tía Mandy odiaba salir de Buenos Aires para ir de vacaciones. Decía que la naturaleza la deprimía. Fue ella que, plano en mano, me explicó siendo un chico que en la ciudad cada cuatro cuadras había una avenida. Cuando murió me tocó desarmar su departamento y en el viejo ropero encontré muchas cosas. De todas, solo conservé un cuaderno amarillo. En él estaban anotados más de mil nombres y direcciones de panaderías de los barrios porteños. De cada una había registrado prolijamente una breve descripción y un número que calificaba del uno al diez sus sándwiches de miga.

LEONARDO ECHEVERZ, 57 AÑOS, LOMAS DE ZAMORA.

Yana Makárova

Nació en Blagovéshchensk, una ciudad rusa fronteriza con China. Fue periodista de noticieros y venía de hacer el Camino de Santiago. Yo la conocí por Congreso como profesora. Gracias a ella, leí fragmentos de Pushkin en ruso y me trabé la lengua con cangrejos que muerden manos en el río. Aprecié sus pinturas y la pisé bailando tango. La última vez tradujimos al español una poesía sobre el país detrás de las nubes. Raramente raspan los huesos como cuando mueren los sinónimos de vida. Buenos Aires será siempre su lugar: una ciudad hecha de quienes, como ella, la elegimos.

GUIDO JAVIER PÉREZ, 38 AÑOS, VILLA LYNCH.

Candombe

Entró al conventillo siguiendo el ritmo de los tambores. Mientras filmaba, pisó una madera rechinante que se partió. En su mente, ahora aturdida, aparecieron imágenes del puerto: vio trabajadores subiendo y bajando de los barcos. Conectó con miles de miradas esperanzadas que arribaban a la tierra de sus nuevas vidas. Vio a Quinquela cargando en su espátula el rojo de un incendio. Olfateó peces muertos. Sintió el empujón de inmigrantes que lo insultaban en italiano y el vértigo de caer al Riachuelo. Mareado, volvió en sí. Alguien de Boca lo ayudaba. El golpe de la caída había sido fuerte.

FEDERICO ÁVALOS, 37 AÑOS, CABALLITO.

Noche de tormenta

La tormenta se desataba irreconocible sobre la ciudad. La casa humana, en cortocircuito. Los insectos flotaban en peceras de perturbada luz amarilla; su muerte era segura, fulminados por el farol o los fragmentos de cielo, da igual. Para ellos, *El Eternauta* no era libro ni serie: era increíble realidad. El agua apretaba la soga al cuello de Buenos Aires. Los monumentos se hundían bajo la lluvia, como lapicera olvidada en un cajón. Nada quedaba despierto; solo yo. Cerré los ojos para completar la oscuridad, pero no pude dormir. Fue raro: el amanecer que te acuesta es distinto al que te levanta.

FRANCISCO ALFARO TORNEIRO, 29 AÑOS, NÚÑEZ.

Pasaje al tren fantasma

Cuando entrabas al pasaje Ángel Peluffo, en 1980, sacabas un billete para el tren fantasma. En carnaval tenías suerte si sobrevivías a las bombas que mis hermanos y yo tirábamos desde la terraza. Las teníamos en baldes llenos de agua y pesaban cerca de kilo y medio: eran robustas y mortíferas. Desde luego, algunos niños caían. Los afortunados continuaban la incursión. Al llegar a la mitad del paseo, cuando los infantes gritaban y corrían despavoridos, varios amigos, parapetados en balcones, te lanzaban piedras. Ahí solían quedar pocos en pie. A los que resistían, los bajaban a flechazos los del baldío.

LAUTARO RODRÍGUEZ, 42 AÑOS, ALMAGRO.

Última parada

Me enamoré de vos en Barrancas, apenas te subiste. Te acomodaste cerca, pero no tanto: supimos respetar la distancia del primer encuentro. A la altura del Jardín Botánico ya había rumiado nuestro futuro juntos. Nos reiríamos del accidente que nos juntó, y nuestros hijos nos pedirían una y mil veces que reviviéramos este instante, en este bondi, en este jueves, en este verano. En Recoleta empezaron las dudas. ¿Fuimos muy rápido? ¿Me salteé alguna etapa? Me bajé en La Boca, inundado con el gusto amargo del final. Quise mirarte por última vez, pero no nos encontramos; quizás nunca lo hicimos.

MAXIMILIANO DESMARAS, 34 AÑOS, BELGRANO.

Azul y oro en el alma

En el corazón de La Boca, la Bombonera despertó un domingo vibrante. Los tambores retumbaban como latidos de un gigante dormido. Tomy, un niño de ocho años, entró por primera vez de la mano de su mamá. Los ojos se les llenaron de azul y oro y el alma se le encendió con cada tanto. Cuando el equipo salió al campo, el estadio tembló: «Acá late el corazón del pueblo», susurró la mamá. Boca ganó ese día, pero para Tomy lo importante no fue el resultado, fue el comienzo de un amor eterno, nacido en esa cancha mágica.

FACUNDO MERELES, 17 AÑOS, GENERAL SAN MARTÍN.

Avenida 9 de Julio

Soy Elías, tengo diez años. A mi me gusta cruzar con mi mamá la avenida más ancha de todas. Un día estando ahí me imaginé un cuento de un elefante que se creía el mejor y retó a unas hormigas a subir unas hojas hasta la punta del Obelisco. Obviamente ganaron las hormigas.

ELÍAS GARCÍA, 10 AÑOS, VILLA CRESPO.

Mamá tenía razón

De chica, mamá decía que nunca caminara por calle Corrientes, donde un árbol seco escondía algo no humano. Su madre y su abuela también se lo advertían. Yo pensaba que era solo un cuento para que no saliéramos de noche. Una noche pasé por ahí. Todo estaba quieto. Oscuro. Nada pasó. Sonreí. La mentira, al fin, rota. Pero al volver, algo me seguía. Escuché garras arañando el asfalto. Respiraba fuerte, como un animal grande... hambriento. Corrí. No lo vi, pero lo sentí detrás. Mamá abrió la puerta y dijo temblando: «Es tarde. Te olió. Y nunca te va a soltar».

MALENA SPINA, 16 AÑOS, GENERAL SAN MARTÍN.

Si me lleva el pingo o el pingo soy yo

Coca, la yegua, ensillaba funyi y clavel. Semanalmente, tiraba la carreta hasta el mercado Abasto con mi abuelo Don Antonio (inmigrante italiano). Solamente llevaba unos pocos morlacos y un bufoso, por si alguien se hacía el taura. En el suburbio, la clientela del puesto callejero «El Progreso» esperaba frutas y verduras frescas. Al volver, finalizaba la jornada para Coca, que pastaba el resto de la tarde. Medio siglo después, comparto esta historia con Juanjo, recuperador urbano como yo, mientras hombreamos un carro juntando residuos reciclables. Pero si aparece una fija, buscamos pasar al frente, probando suerte en el hipódromo.

RAÚL MANCUSO, 50 AÑOS, LA MATANZA.

Infancia

Para ser explorador alcanzaba con un billete marrón, subirse al 99 en Tucumán y Ecuador, y bajar en Parque Centenario. Allí estaba el Museo, y viajar solos a recorrerlo era una expedición al fin del mundo. ¿De verdad, al hacer un pozo bajo nuestros pies, descubriríamos caparazones de gliptodonte como esos en la vitrina? De regreso, pizza «comprada» y Coca como premio por no perdersnos al volver. La gloria era nuestra. Al día siguiente, salí a buscar mi gliptodonte en el arenero de la plaza con una pala de playa. Solo encontré cemento bajo la arena. La ciudad es cruel.

FEDERICO LORENZ RAMOS MEJÍA, 54 AÑOS, LA MATANZA.

La Sirena del Riachuelo

En un baldío de La Boca, del siglo pasado, apareció un circo. El calor revolvía árboles y calles. La noticia corrió como pólvora de cañón –paradojas si las hay–, el hombre bala volaba de fiebre. En su lugar iba la equilibrista, una joven de ojos azules, el pelo infinito. Con el traje dorado y el casco rojo, la mujer se hundió en las fauces del dragón; luego, el estruendo. Un cuerpo grácil, pasando las fronteras de la diversión cayó al agua. Los pescadores, que rezaban a Neptuno, tuvieron entre sus redes a su sirena. Nadie más supo de ella.

GUILLERMO MARÍN, 57 AÑOS, VILLA ORTÚZAR.

El universo

Hoy con Mateo descubrimos el universo. Abrimos la ventana que da a la calle y vimos los autos andar, las ramas moviéndose con el viento. De repente, apareció un pájaro carpintero con la cabeza bien rojiza, picoteando y haciendo caer pedazos de corteza. Pasó una señora con su perro, el gato nos miraba con ganas de salir, los ojos de Mateo miraban el cielo gris y lento. Seguimos escuchando la ola de autos pasando delante de casa, y luego sus ojos se fueron cerrando serenamente. El universo está en su lugar, todo muy ordenado, y eso nos tranquilizó a ambos.

MARTÍN BURGOS, 49 AÑOS, ALMAGRO.

La luna en el parabrisas

Dodge 1500, modelo 80, primera mano. Buen estado. Hay un detalle: tiene la luna en el parabrisas. Sí. Al atardecer, la luna aparece ahí. Llevé el auto a tres lavaderos de acá, de Barracas, y a uno de Balvanera, pero me dicen: «No, maestro, no la podemos sacar, no es mugre. Es la luna». La otra noche pasó un cartonero. Miró el parabrisas y buscó la luna en el cielo. Y no la pudo encontrar. Claro, si era una de esas noches sin luna, aunque en el parabrisas no dejaba de brillar.

FÉLIX LOIÁCONO, 64 AÑOS, AVELLANEDA.

Como Teseo, pero sin minotauro

¡Uy! ¿Dónde me metí? Es para la derecha. No, hacia la izquierda. Contramano. Ya pasé por acá. Estoy desorientada, y el GPS, sin señal. ¿Cuántas vueltas di? Ya perdí la cuenta. ¿Dónde está Ariadna cuando se la necesita? Preciso urgente que me guíe con su hilo. ¿O solo a Teseo ayuda a salir de los laberintos? Otra vez, el mismo lugar. No hay caso. ¿Dónde estoy? Perdida, seguro. Dublín, Londres, Gándara, Berlín... ¡Ah, ya sé! Caí en la trampa circular de Parque Chas.

CAROLINA GRAU, 44 AÑOS, VILLA GENERAL MITRE.

Tender en el comedor

Mención Honrosa

Perdí la virginidad en Boedo. En la cama de su hijo, pero el departamento era de ella. Sí que me quería. El primer pucho se lo fumaba desde la cama. El humo vivía en la ropa húmeda del tender en el medio del comedor. Cocinaba y comía de todo, menos huevo frito, decía que hacía mal. Después se chupaba el borde de la copa de vino blanco, se prendía otro pucho y te sonreía. Los dientes eran todos postizos, pero no te dabas cuenta si no te lo decía. Ella sí que me quería. Algunos días eso me alcanza.

NATALIA KELLNER, 48 AÑOS, BARRACAS.

Procedimiento postal

El cartero sostenía el sobre amarillento. Buscaba la casa de la familia Astigueta. Caminó por Echeverría hasta Vuelta de Obligado. Cruzó. No había casas en las esquinas. Al releer el destinatario, escrito con pluma en letra cursiva, empezó a sudar. En lugar de la casa había un edificio alto y solo una placa: «Aquí vivió Nicolás Avellaneda en 1880». Giró el sobre y leyó: Domingo F. Sarmiento. Caminó hasta Cuba, cruzó dos veces y entregó la carta en el Museo Histórico que llevaba el nombre del remitente, con la esperanza de que alguien lo conociera y se la pudiera dar.

MARCELA INDIRA SIMONDI, 59 AÑOS, BELGRANO.

El último salto

Lo último que recuerdo es el calor del equipo, todos listos para entrar. Salté a cabecear como si me jugara la vida. No lo vi venir. Un golpe seco. Oscuridad. Desperté con un pitido que me taladraba los oídos. No era el árbitro. Era la hinchada, gritando como una sola garganta. Lanús había perdido. Yo estaba en el hospital, mi carrera estaba hecha trizas. El televisor mostraba repeticiones del gol que nunca fue. Cerré los ojos. Juré no volver a pisar esa cancha. No por miedo. Por amor a lo que fui, y a lo que ya no seré.

TOMÁS REYSER, 17 AÑOS, TIGRE.

Tardes desiertas en Barracas

Calor sofocante en El Progreso. Como todas las tardes, elige la mesa que da a la ventana sobre California. «Lo de siempre», indica con un gesto y le traen un sifón y un vermú. Dos líneas de sol se tatúan en su brazo mientras hojea rápido el diario. El bar está vacío, con un árbol de navidad que quedó en un rincón aunque estemos a finales de enero, y el espejo de atrás, que se empaña por la humedad, todavía refleja un enchufe suelto que cae desde un estante. Casi como ella, que cuelga de ese oasis en Barracas.

MAGDALENA PEREYRA, 37 AÑOS, VILLA CRESPO.

Prix d'ami

Salgo tarde, como siempre. A los jefes no les importa mi tiempo. Ni el de nadie. Ando con poca plata. Mejor uso el teléfono de la recepción, así me ahorro esas monedas para el bondi. «Ma, no me esperes a cenar. Me invitaron a un recital», le digo rápido y cuelgo. Miento. Nadie me invitó, pero me las voy a arreglar. El 60 tarda muchísimo en llegar y, encima, viene repleto. Me pongo el walkman y vuelo lejos. Llego por fin. La fila da la vuelta a la manzana. No puedo quedarme afuera. Como sea, tengo que entrar. Hoy toca Charly.

VERÓNICA CASSIA, 41 AÑOS, VICENTE LÓPEZ.

Nosotras ya pedimos

Doña Mercedes se sienta a la mesa, en el viejo bar, como todos los miércoles. Demacrada, sin el polvillo dorado de la belleza, conversa a solas, manteniendo a raya la tristeza. Habla con palabras huecas, palabras sin eco. Sus manos, acostumbradas a restregar la mugre en los patios de las casonas de San Telmo, acarician una mano pequeña, imaginaria. Doña Mercedes espanta la pena que le aparece en su frente. Vive lejos de donde sigue deambulando. Una sirena que aúlla la saca de sus pensamientos. Oscurece. «Señora, ¿qué le sirvo?». «Nosotras ya pedimos». Hubo una hija, hubo un choque brutal.

CRISTINA BIVACHI, 74 AÑOS, CABALLITO.

Caligari, el muñeco gigante del corso

En los años 30, desfilaba en el corso de La Boca un muñeco gigante de dos metros de altura. Ojos vidriosos y sonrisa torcida. Con manos de trapo, enrarecía con su extrañeza el frenético ritmo de los tambores. Era Caligari: temido y amado, exhibido con torpeza y desenfreno, causaba admiración ese Goliat mudo que sin saberlo se encaminaba al olvido y la oscuridad, entre las serpentinas y las bombitas rojas y amarillas de La Boca. Acomodados en el balcón, Plácido y Erme lo ven pasar entre el griterío de la gente. Ella jura que el muñeco la miró llorando.

HERNÁN ROY, 56 AÑOS, QUILMES.

Fútbol

Decí que la cancha de Argentinos tiene buen drenaje, porque con esta lluvia seguro el partido se suspendía. Espero que no, si no se pudre todo y me quedo con las ganas. Imaginate cuando hay Mundial. Casi un mes sin que corra la pelota en el Diego Maradona. De solo pensarlo me deprimó. Es que vos sabés que el marido de la Pocha va a la cancha solo cuando Argentinos juega de local. Y ese es el único momento que tengo para estar con ella, aunque sean dos horas nada más.

LUIS ACOSTA, 79 AÑOS, VILLA URQUIZA.

Contame algún sueño

Yo sueño bastante seguido con la quinta de Castelar. Estoy solo en la casa, y afuera está toda la familia: mi abuela tejiendo algo celeste en una reposera, mi abuelo jugando con mi hermana, mis viejos en la pileta con mi hermanito; el tío con su novia, tirados en una lona, tomando mate, riéndose de algún chiste, y yo mirándolos por la ventana, tratando de hacerme oír, gritando, golpeando los vidrios. Me despierto en el departamentito del centro, aporreando la almohada, porque duermo boca abajo.

ALICIA OSIPOVICH, 60 AÑOS, VILLA CRESPO.

El inusual clima de Buenos Aires

Era el año 3200. Invierno. Todo en la casa inteligente dejó de funcionar. El robot que sostenía a su hija en brazos se apagó también, la hija se cayó. La madre entró en pánico y corrió al auto con su hija en brazos para ir al hospital. Cuando entró al auto, notó que el parabrisas estaba congelado. Luego de un rato, con el aire acondicionado lo más caliente posible, se descongeló el parabrisas. Pero, en ese momento, ya era tarde.

MICAELA ZACHARIAS, 12 AÑOS, BELGRANO.

Ir a la escuela

La lluvia de hoy me llevó a mi niñez... Lugano... calles de tierra... Cuando llovía, era difícil salir. Ir a la escuela era una aventura... ¡Delantal, medias y zapatos blancos! Mi mamá me ponía galochas –eran como botitas de goma muy finita que se calzaban sobre los zapatos–. Para cruzar las esquinas, a riesgo de resbalar, iba colocando hojas de diario dobladas y dejando su huella para que yo pisara... paraguas en una mano y portafolios en la otra. Al llegar, me sacaba las galochas, las guardaba en una bolsa, un besito, y se iba con su paraguas floreado.

NORMA ANDREOLI, 66 AÑOS, VILLA LURO.

Crisantemos

Primer Lugar

Cuando bajé del 111, te vi armando un cigarrillo parada en la vereda. Caminé un poco más y pude ver el filtro blanco que te colgaba de la boca, el movimiento suave de las yemas de tus dedos. Me pareció que tenías la frente urgente de mamá, hasta que levantaste la vista. La visión se esfumó. Te saludé con la mano y, entonces, fui yo la que te recordó a mamá. Su gesto firme, su andar de señora. Compramos flores en el puesto. Qué forma extraña de aparecerse tienen los muertos en el día de su cumpleaños.

ALDANA DALL ORO, 38 AÑOS, RECOLETA.

Instantes

«Es hoy», piensa Anne Clifford, entusiasmada, cuando abre los ojos. Anne fue una persona importante de las artes, su colección de obras y objetos tiene fama mundial. Vive en un palacio de la calle Posadas. La pasea su enfermera, a veces por Schiaffino: mira los árboles, añora. Ya no habla con nadie, solo con el servicio. Cuando se reúne la asamblea de copropietarios, ella brilla. Habla y la escuchan. Hace dos meses se realizó la última, Anne volvió a convocar otra, con un temario algo vago. La enfermera toca la puerta. Dejaron una nota. No hay quórum para la asamblea.

JULIA CATENA, 46 AÑOS, RECOLETA.

La Bond

El plan era claro: teníamos que tomar el 57 hasta Plaza Italia, y de ahí el 152 hasta la Bond Street. Queríamos conseguir ropa con onda, abandonar el look suburbio. Todavía no había celulares ni mapas interactivos. Mis amigas subirían dos paradas antes que yo, con la idea de pedirle al chofer que parara en mi puente. Pero no se animaron, y el bondi siguió de largo. Subí al siguiente, con mi manojo de monedas y los nervios de punta. No sabía dónde bajarme ni cómo llegar. Sobreviví. Ya no hizo falta comprar algo que me hiciera sentir grande.

FELICITAS MARTÍNEZ, 39 AÑOS, COLEGIALES.

Nostalgia en Avenida Santa Fe

La vio desde la otra esquina. Era igual. El mismo corte de pelo, la misma manera de caminar, incluso esa bufanda roja que ella solía odiar. Su corazón se apretó con una ternura que dolía. No era ella, por supuesto. Pero, por un segundo, Buenos Aires le devolvió una ilusión. Cruzó la calle despacio, sin sacarle la vista. La mujer se perdió entre la multitud. Él siguió caminando hacia Plaza Italia, con esa nostalgia pegada como smog de diciembre.

FELIPE RINCÓN, 12 AÑOS, BELGRANO.

Padre

«La plata no alcanza, Negrita, ni un mango me quedó, mirá, vacíos, nada». Cada noche repetía esa canzoneta. Con olor a alcohol, las palabras del Turco se expandían como moscas en la casilla de la 31. «Ni un mango, Negrita». Y se tiraba sobre la cama pegado a la piel de ella, las manos en el pubis, engrasadas, sucias. «No hay laburo en el taller, nada, Negrita, date vuelta, no te escapes, carajo. Ahora te toca a vos, tu madre iba cada noche y algo traía, ya estás lista, creciste, Negrita, y sabés qué hacer. Ponete el rojo, mejor».

ELVIRA LATRÓNICO, 78 AÑOS, VICENTE LÓPEZ.

Batalla final

Armó la estrategia de defensa en segundos: los soldados con fusil al frente, el resto –incluidas tapitas de gaseosa y hasta un pomo de plasticola–, a la retaguardia. Se trataba de un enemigo apoyado por fuerzas vivas interplanetarias. Cuando la madre ingresó a la habitación observó todo desordenado y una carta. Allí se enteró de que su único hijo, con apenas ocho años, era un General y había sido tomado prisionero. Nunca más sabría de él.

NICOLÁS WOLF, 49 AÑOS, CABALLITO.

El teatro Los Ceibos

La voz de la Tana Antonia era como dulce de leche caliente; fluida, profunda y tan arrasadora que era imposible escucharla sin conmoverse hasta las lágrimas. Ante su canto de estornino negro temblaban los tablones del suelo, rayados de aguantar los pasos lánguidos de los tacones aguja de las damas; se empañaban los cristales italianos de vitraux y empalidecían de envidia todos los demás teatros de calle Corrientes. El teatro Los Ceibos se llenaba a reventar las noches en que la Tana Antonia cantaba. Ella, porteña eterna, sabía como nadie que quien le canta a Buenos Aires vive para siempre.

LUNA CABALLERO, 17 AÑOS, VILLA URQUIZA.

Una joyita

Mamá fue a San Telmo y me trajo de souvenir una cuchara de plata, que es vieja pero brilla de estreno. Cuando me regala algo que para ella es valioso, me dice que es una joyita. Las joyitas se guardan como tesoros, para que nos recuerden cuando no estemos. No se usan. Se guardan en cajones, en sobres de tela o de pana, en cajas musicales o envueltas en trapos de gamuza. Se guardan para después. No sé por qué lo hice: ayer violé la tradición, desobedecí. Ahora, la cuchara vive en un frasco de vidrio lleno de frutos secos.

VALERIA SOL GROISMAN, 43 AÑOS, PALERMO.

Aulas rotas

En mi escuela llueve adentro. Literal. Ponemos baldes en los pasillos para que no se inunden. Hay días sin clases porque no anda la estufa o porque los baños no funcionan. Mientras, en la tele muestran tablets nuevas, pizarras inteligentes y aulas «modelo» para la foto. Nosotras escribimos con birome en hojas recicladas. Cuando pregunté por qué no arreglan nada, la preceptora me dijo: «Es lo que hay». Pero no debería serlo. Somos parte de Buenos Aires también. Y, aunque no salgamos en los folletos del ministerio, tenemos derecho a aprender sin frío, sin goteras y sin excusas.

GUADALUPE MARQUÉS, 14 AÑOS, PALERMO.

Graffiti

Le encanta: la mera sensación de peso del pincel que se va perdiendo con cada gotita que chorrea las pequeñas explosiones cuando caen y chocan contra la vereda; el cansancio en los hombros y las clavículas duras de tanto trazar líneas; la pintura bajo las uñas. «Todo está en la muñeca», se dice. Cada pelito de cerda embadurnado lo hace sentir Pettoruti, Berni, Quinquela. En el último trazo encuentra algo de Xul Solar. Está en lo que él llama su «Período rojo». Termina. Toma distancia. Observa. El vello de su nuca se eriza. «Prohibido pintar», dice el mural.

PABLO SCUZARELLO, 31 AÑOS, GENERAL SAN MARTÍN.

Murió mamá

El avión desciende, se inclina y emerge la ciudad entre nubes. El ruido de los motores nos despertó del letargo. Trato de reconocer los edificios cercanos al río. Una nube cubre todo, pienso en la ventana del cuarto de mamá, la manicura cubriendo de color sus uñas de señora. En Ezeiza, no está la persona esperada. No necesito palabras para confirmar la certeza. Los porteros baldean las veredas de Barrio Norte. Camino con cierto temor hasta el edificio de mamá. El portero me abraza. El universo ya no es el mismo pienso y acomodo los caracoles caribeños sobre su cómoda.

TERESITA MATIENZO, 73 AÑOS, SAN ISIDRO.

Tesoros en la basura

Una mujer joven revuelve una bolsa de consorcio. Con movimientos precisos, sus manos van al encuentro de lo que otros desechan. No parece importarle ni el olor ni las diversas texturas grasientas, pegajosas. Hace su trabajo concentrada, con delicadeza, como si manipulara objetos preciosos. De pronto, levanta la vista y nuestras miradas se cruzan, mientras el colectivo en el que viajo arranca y acelera para dejar atrás la esquina donde una mujer joven, con sus manos desnudas, busca algún tesoro en la basura.

ELSA MALUENDA, 68 AÑOS, COGHLAN.

La puerta del infierno

El relato de la muerte de Dante dio fin a las especulaciones y a su salvación: «Todo comenzó mientras practicaba esgrima en soledad en el sótano del palacio Errázuriz Alvear. Luego, al subir las escaleras ingreso en el gran salón, repleto de telas antiguas y obras de arte. Al detenerme en la chimenea (casi un Rodin, me dijo Matías) recuerdo que el día anterior me habían echado del trabajo, sin causa. La vida, carente de sentido, se desvanecía. Minutos después arranco una hoja de *La divina comedia*; con la vista puesta en el escudo familiar ingreso en el fuego».

EMMANUEL GOMES MORGADO, 38 AÑOS, ALMIRANTE BROWN.

El malón

Era una crisis nunca antes vista. La periodista y su camarógrafo cruzaron la calle contra la marea: hombres, mujeres, niños, perros. La vereda era un lago infestado de cocodrilos hambrientos por los saqueos. Los locales vomitaban falsos clientes desde sus puertas abiertas. Filmaban vidrios rotos, comerciantes destruidos, algunos heridos, sangrando. Nadie lloraba por la mercadería: eso se recupera. La humillación, no. El corazón se le salía por la boca. Al mirar atrás, decenas de personas avanzaban hacia ellos. Palos, mochilas vacías, hambre en los ojos. Un infame malón en busca de una cautiva. O varias. Solo quedaba correr y rezar.

MARTINA SERRA, 21 AÑOS, VICENTE LÓPEZ.

Miedo de bonitas

Tanga roja porque hoy hay acción. En el Uber con Pato chupamos vodka de una botellita. Entramos al boliche, gratis porque somos bonitas, y a los dos minutos Pato se va a apretar. Viene uno grandote y me ofrece un trago. Le digo, «no, gracias». Viene un cuello tatuado y le digo, «yo no bailo». Espero, pero Pato no vuelve. Busco, los parlantes me gritan, salgo y arranco a caminar. Llovizna, se me arruina el peinado, no hay luces ni almas, pero sigo. Y escucho: contra un portón, hecha bolita, llora Pato. Entonces tengo miedo, Pato no llora nunca.

CAMILA PACE, 22 AÑOS, LA MATANZA.

San algo

Las manos de mamá se volvieron dos golondrinas gigantes y nunca más la volvimos a ver. Quedamos náufragos a la deriva en plena ciudad. Adquirimos la ceguera de perros callejeros, los que se saben sin dueño, sin un lugar al que volver. Nuestras caras se iban desfigurando a favor del viento, ese que se repelía a sí mismo para salir de la garganta que resultaba la avenida con tantos edificios. La avenida, garganta; y nosotros restos atravesados. Tan sin madre ni Dios quedamos, que le tuvimos que empezar a rezar a la estatua de un santo a caballo. «San» algo.

TIAGO PARDO PERRET, 18 AÑOS, SAN ISIDRO.

La leyenda del Gordo Sosa

Toco el violín en el subte, muerto de calor y con traje, por capricho de mi ex. Engordé tanto en todos estos años que ya no me entra ninguno. Me acuerdo del Gordo Sosa, mi único amigo, que desapareció una noche cálida en San Telmo, mientras tocaba su acordeón con esa entrega suya tan única. Dicen que se disolvió con el amanecer, que se volvió luz, música o viento. Yo prefiero pensar que sigue tocando en algún rincón secreto del mundo, donde nadie le exige nada, donde cada nota es libertad. Y que algún día, quizás, lo voy a encontrar.

HERNÁN MOLINA, 33 AÑOS, PARQUE CHAS.

Ritual

Mención Honrosa

En el pasaje El Chacho hay una casita, entre mil, que no fue alcanzada por las remodelaciones del barrio. Por el vidrio partido, sobre la puerta principal, todos los otoños a la tarde entra un rayo de sol que ilumina una rendija en uno de los escalones de la escalera hueca de madera. Sé que, detrás de esa rendija, hay escondida una carta escrita con mi letra de niño que dice: «Te pido que se mueran todos». Parado en la puerta de esa casa, una mujer me asegura que removieron los escalones por problemas de cucarachas: nunca encontraron ninguna carta.

CHRISTIAN OLMOS, 53 AÑOS, TIGRE.

Nublado

El velero de juguete, olvidado en la repisa, observaba los edificios de Puerto Madero más allá de la ventana. Su dueña, una niña, inventaba historias de viajes lejanos y tesoros escondidos. Solo hacía falta un poco de agua para llegar hasta el río.

LEANDRO ALBANO, 46 AÑOS, NÚÑEZ.

El empresario

Un sábado a la tarde caminaba por la calle Honorio cuando lo vi, sí, tal cual como mi padre. Este señor llevaba un maletín de los años 80, esos de color marrón. Al verlo, me llenó de nostalgia, porque no era un empresario sino un electricista o algo parecido. El maletín era igual a aquel que mi papá encontró en la calle. Lo usaba para guardar papeles, como impuestos. Siempre traía algo nuevo cuando salía a caminar. Creo que su sueño siempre fue ser oficinista, le gustaba sentirse importante y querido. Me hubiese gustado decirle que, para mí, lo era con o sin maletín.

MARIELA LOURDES BORELLI, 42 AÑOS, CABALLITO.

917 KILÓMETROS

Las miradas mezclan asombro, cansancio y resignación. La fila se apretuja, retuerce y extiende. Una agente evita que los colectivos, cargados de personas, atropellen a las que hacen fila para poder seguir a destino. Es un lindo día para ser otoño: no llueve ni hace frío, apenas unas nubes en la mañana celeste. Esquivando pasajeros, vendedores y basura, periodista y camarógrafo cubren la noticia del paro de subtes. Viajar desde el conurbano a la ciudad es una aventura: colectivo-tren-colectivo. Salir con la noche, volver al atardecer tras la jornada. Maps dice que recorrí 917 km en abril. Todavía no desayuné.

MARIANA PÉREZ, 45 AÑOS, ESTEBAN ECHEVERRÍA.

La patrulla que alegra los días

Lo conocen. Esperan y aprecian el momento del día en que lo ven pasar: el diariero de la esquina de Juncal y Ayacucho, dueños y empleados de locales comerciales y gastronómicos de la zona, decenas de encargados de edificios, el cuidador de la plaza Vicente López, vecinos sin nombre pero con rostro conocido. No solo lo conocen, diría que lo quieren. Las calles del barrio de La Recoleta no son las mismas desde que él las patrulla subido en su cochecito. Rafa es un bebé que acaba de cumplir un año de vida y también es mucho más que eso.

ROCCO GUGLIELMI, 34 AÑOS, RECOLETA.

Vampiros en el subte

Esta historia me la contó un viejo mientras tomaba grapa en un bar por Naón. Me dijo que después de la estación Virreyes, las vías de la línea E siguen hasta llegar abajo de la cancha de Chicago. En una estación fantasma vive un grupo de vampiros búlgaros que llegaron al país en barco en la década del 20. Yo mucho no le creo, pero por las dudas, desde ese día si voy para Mataderos, me llevo una cabeza de ajo en la mochila.

FEDERICO TREGUER, 29 AÑOS, CABALLITO.

La óptica

Vio el cartel de la óptica sobre la Av. Córdoba. Buscaban cadete. Tenía trece años y quería ganar su dinero. Se presentó. Lo emplearon. Resultó bien. Viajaba a los laboratorios. Pero le iba a durar poco. Su padre le dijo: «Avisá que volvés a la escuela, solo podés trabajar medio día». Avisó y lo despidieron. Tomaron a otro chico, mayor, que no conocía. La óptica tenía un local y un sótano. En la escalera había una caja fuerte embutida, donde guardaban la recaudación diaria. Su sucesor consiguió abrirla y se llevó el dinero. Escándalo. Denuncias. Al día siguiente volvió para trabajar medio día.

ISAAC BEHAR, 87 AÑOS, PALERMO.

Buenos Aires en la mesa

Los domingos en casa de la abuela eran esencia de Buenos Aires: el asado empezaba temprano, el mate pasaba de mano en mano y las voces se cruzaban como bocina-zos en la 9 de Julio. El abuelo contaba historias de sus viajes en la línea D, de cuando el Obelisco parecía más alto y la ciudad más tranquila. Afuera, la vida seguía su curso. Dentro, todo se detenía. En cada bocado, en cada anécdota repetida, entendí que Buenos Aires vive en nosotros, aunque la ciudad cambie, aunque las voces callen, aunque la mesa ya no esté.

EMILIA PÉREZ BEN, 14 AÑOS, PALERMO.

Gatos en Navidad

Le pone un hielo al platito con agua para que Kohan la tome bien fría. Acaricia el lomito de Ocampo, que está debajo de la cama, asustada porque se la ve venir. Schweblin nunca tuvo miedo y lo demuestra frotándose contra sus piernas, encontrando su refugio. Los balcones de San Telmo suenan a familias celebrando. Susana cierra cuidadosamente todas las ventanas para aislar cualquier estruendo que pueda aparecer por sorpresa y, finalmente, se alivia. Mientras abre un turrón, mira a cada uno de ellos y dice: «Quédense tranquilos, mis amores. Yo estoy con ustedes».

ANDRÉS BUSTOS, 35 AÑOS, GENERAL SAN MARTÍN.

Ella

Es excesiva y desbordada. La lujuria misma. Hasta de parado. Su cuerpo esponjoso es su imperio. Habita en una esquina de Chacarita, frente al cementerio. También se la puede encontrar cerca del Obelisco, por Corrientes. No sabe de límites, se expande sin ningún pudor, mientras los dedos reclaman más y más. Ella es deliciosa. Había una vez, la mejor pizza del mundo.

AMILCAR MAJLIN, 57 AÑOS, VILLA CRESPO.

Fotos en La Bombonera

Vos fuiste hincha de Boca toda tu vida. Cada vez que surgía la oportunidad me llevabas a la cancha. Con el auto nos acercábamos hasta la esquina de Canning y Corrientes, y de ahí tomábamos el 24 hasta La Boca. «En esa zona nunca hay para estacionar», decías siempre. Después de cada partido, nos sacábamos una foto juntos, que imprimías y guardabas en ese álbum que heredé años después. «Pa, te extraño una banda. Hoy, con tu nieto, fuimos a la cancha por primera vez. Hicimos el mismo recorrido y nos sacamos la primera foto juntos. Ojalá vos hubieras salido».

NOAM BLEI, 24 AÑOS, VÉLEZ SARSFIELD.

Malba, Marta

Sala de cine del Malba. Completita y la película no empieza. Mi vecina de butaca empieza a moverse. «Es que se me cayó la hombrera», me dice. La encontramos. Empieza la película. Termina. Comentamos. No nos gustó. «Bueno, chau, acá me tomo el 67», dice. «¿Para dónde vas?», pregunto. «Te llevo». Y empieza el monólogo: «Voy seguido al cine sola, no me jode, con el tiempo una se va diferenciando de los amigos de toda la vida». «Llegamos». «¿Querés venir a mi cumpleaños? Cumpló 80 el 9 de mayo, te espero». Ella es mi amiga más reciente.

CLAUDIA ZENOBI, 64 AÑOS, VILLA URQUIZA.

Foto o nada

Si algo caracteriza a mis tías es que todas tienen fotos posando en Plaza de Mayo o en el Congreso. Las hubo en blanco y negro, en sepia, y ahora en alguna nube del celular. Era una especie de peregrinación familiar: con cada nacimiento o cada visita de un familiar del interior, el ritual. Y la foto, infaltable. La ausencia de esa imagen era la prueba irrefutable de que nada había sucedido. En el verano de 1989, tía Rosa y tía Elena se pelearon por un terreno. De ese año no hay foto, ni en el Congreso ni en la Plaza.

YESICA TORRES, 36 AÑOS, TRES DE FEBRERO.

16 de junio

Tengo siete años. Vivimos en San Telmo, sobre la calle Brasil, donde el barrio ya empieza a transformarse en Barracas. Por la calle pasan camiones llenos de obreros con palos que doblan sobre Perú hacia Plaza de Mayo. Gritan: «La vida por Perón». Tengo miedo, papá no está. La mano de mamá me da refugio. En el fondo, un pequeño jardín con un árbol. Sobre su copa, un avión enorme pasa rasante. Debajo de las alas sale una lluvia negra. Son balas. Mamá llora. Ella también tiene miedo. Escucho explosiones. Tiemblo. Durante años tuve pesadillas con aviones bombardeando ciudades.

ANA LIDIA SERRANO, 77 AÑOS, QUILMES.

Bar

Estábamos en Varela Vareleta. Te pregunté si te pasaba algo, y me dijiste que te querías separar.

MERCEDES MORENO, 48 AÑOS, PALERMO.

Todos los muertos

El hombre saca de su mochila los restos del vacío que se llevó de la parrilla en la que trabaja, y se sienta en la plaza que bordea el cementerio de la Chacarita. El perro corre hacia él. Comparten la cena en silencio. Aquel será el mejor momento en el día de ambos. El perro dormirá sobre el cartón húmedo que le cedió un vecino generoso. El hombre tomará el 65 hasta Boedo, donde lo espera una mujer que ya no lo quiere. Volverán a verse a la noche siguiente, con la esperanza y el hambre renovados.

VÍCTOR GUELLER, 42 AÑOS, CABALLITO.

El ferretero

Me sorprende el ferretero. Para el que no tenga idea de quién estoy hablando, el ferretero es un anciano que tiene más arrugas que palomas volando en Diagonal Norte. Digamos que siempre está abierto a la misma hora y siempre, también, está encorvado leyendo el diario *Clarín*. Vendía de todo el viejo, pero quién sabe por qué también se le daba por vender alfajores. Ni tarugos ni tornillos. Me suena porque el nieto trabajaba en el quiosco de al lado. ¡Qué astucia la del abuelo! Por eso se llenaba de niños la ferretería y el quiosco estaba eternamente vacío.

TOMÁS GOTTSSELIG, 12 AÑOS, PALERMO.

Puente

Desde el bondi veo el Riachuelo, ese río espeso que nadie quiere mirar. A la derecha, la cancha. A la izquierda, casas con ropa colgando, banderitas de Argentina, un nene en bici esquivando pozos. El puente cruza lento, como si dudara. Atrás quedó el quilombo del centro. En Avellaneda, el aire no es más limpio, pero respiro distinto. Acá me esperan los fideos de la abuela, el grito del vecino, el kiosquero que me fía. El semáforo parpadea en rojo, y yo me bajo antes. Prefiero caminar las últimas cuadras. Este lugar, con todo lo que tiene, me sigue eligiendo.

SOL SEBALLOS, 16 AÑOS, AVELLANEDA.

Beba

Gloria vivía en el departamento de adelante, el que da a la calle, de la casa chorizo, ahora devenida en PH, en la que crecí. Le decían la Beba y era la guardiana del edificio. Conocía los movimientos de todos los vecinos, y eso me daba seguridad: si algo raro pasaba, ella sería la primera en alertarnos. Beba se casó «de grande» con un ucraniano de ojos celestes y piel transparente. Cuando me casé, también pasados los 40, Beba me regaló un portarretratos con una notita: «Para que pongas la foto de un momento feliz». Todavía no lo estrené.

CAROLINA AMMIRATI, 45 AÑOS, PALERMO.

¡Maldición, va a ser un día hermoso!

Adivina el hueco, dobla en Malabia y tira el auto de cabeza. Jueves, casi siete de la mañana. Corrientes siguió despierta. La cabeza se le parte. En el SanBer hay promesa de café con leche y medialunas calentitas. Entra y, al fondo, chocan bolas de billar, cantos de sirena. Solo una partida, piensa. Tres jugados, tres perdidos. Mala racha, adiós recaudación del día. Sale puteando, pisa mierda y lo empapa un chaparrón. Arranca el taxi y siente, al toque, el tirón. Rueda trasera pinchada. En la radio, suenan Los Redondos «¡Maldición, va a ser un día como los demás!».

DIEGO ARIEL VEGA, 49 AÑOS, PARQUE PATRICIOS.

El gato de los ojos de cristal

En la vidriera del bazar de la calle Jujuy, entre las ollas y los platos, pusieron un gato de porcelana con ojos de cristal. Un felino blanco y elegante que era la envidia de Leopoldo, un gato de verdad. Hasta que alguien lo rompió. Nadie supo quién fue, pero el culpable señalado comenzó a vivir en la vidriera, reemplazándolo. Yo paso y lo observo. Leopoldo fija sus ojos en los míos. Un destello de orgullo brilla desmesurado, pero cuando se acomoda nota la falta del adorno y aparenta culparse, ocultando la cabeza entre las patas.

MARTA DELFINA MECCA, 77 AÑOS, MORÓN.

Poeta anónima, lector secreto

La empleada del local de Nike llega siempre poco después de la una. Se sienta en una mesa en la vereda. Tiene tatuajes en los brazos y un piercing le atraviesa la ceja izquierda. Pide un pebete de jamón y queso y una coca. Solo los viernes se permite una porción de fugazzetta rellena. Después fuma y usa las servilletas para escribir versos de los que enseguida se arrepiente, y deja los bollitos olvidados sobre el mantel. Cuando se va, el pibe del Rappi junta los papeles estrujados, y los alisa con ternura, como quien acaricia una cría huérfana.

SILVANA LIELLO, 59 AÑOS, VICENTE LÓPEZ.

El 7 de Comunicaciones

En una época trabajaba por Melián. Al mediodía tenía que hacer un trámite. Me tomé un taxi en la esquina. El taxista me contó que, cuando era joven, jugó de 7 en Comunicaciones. A la semana siguiente me tocó el mismo taxista. «¿Vos jugaste de 7 en Comunicaciones?», le pregunté. Desaceleró y se dio media vuelta con una sonrisa y unos ojos que imploraban que yo hubiera visto jugar a ese wing hábil y desgarbado, y no que fuera uno de sus pasajeros a los que les cuenta una y otra vez la misma historia.

LEANDRO KATZ, 51 AÑOS, BELGRANO.

Luces

Estás trabada en Figueroa Alcorta. Ves luces de freno hasta el infinito. El Waze es un tejido de líneas rojas. Estás volviendo de Recoleta, de cambiar el sweater que te regalaron y que te quedó mal porque estás gorda. A pesar de comer lechuga. A pesar de las vueltas al Hipódromo. Intentás ponerle buena onda a Figueroa Alcorta y a la dieta. Subís el volumen de la radio. No puede ser tan difícil, si tus amigas al mes de parir ya vuelven a los pantalones de antes. Te mirás el rollo que te sale por encima del jean y llorás.

MARÍA ALEJANDRA ROSSI, 42 AÑOS, SAN ISIDRO.

Plaza Castelli

La oreja de murciélago del pug negro chorreaba sangre. El dueño, desde la estatua que tiene una teta lustrada cerca de la entrada de Plaza Castelli, frente a la Estación Belgrano R, lo llamaba con insistencia. Me acerqué tratando de inventar rápido alguna disculpa. Me miró por primera vez esa tarde: habían pasado quince años desde que nos habíamos separado luego de ser novios durante la adolescencia. Los dos estábamos casados, teníamos hijos y mascotas. Su Ringo y mi Lola se olfatearon hasta el hartazgo esa noche, atados muy juntos en el poste de la puerta del bar El Torreón.

NATALIA CAPELLARI, 51 AÑOS, VILLA URQUIZA.

Pasaje Rivarola

En la única cuadra del Pasaje Rivarola, los edificios de estilo parisino se reflejan como en un espejo invisible: veredas enfrentadas con fachadas idénticas. Hasta los vecinos parecen estar replicados. Una tarde, crucé por curiosidad y toqué el timbre de mi casa del otro lado. Me atendí yo, más viejo, más cansado. Me hice pasar. Nos miramos en silencio, con una mezcla de lástima y resignación, como si yo supiera algo que yo aún no conocía. Últimamente, cuando cruzo al bar de la vereda de enfrente y me veo pasar, a veces, no me reconozco.

ANIBAL ZAVALLO, 70 AÑOS, VICENTE LÓPEZ.

Mi nuevo amigo

Dicen: hay alguien escondido en esa casona de Maure. Dicen: tiene más ojos de los normales y varias bocas que cantan en un idioma desconocido. Dicen: los niños que entran salen distintos, como Lucas, que ahora en las noches solo sueña en amarillo. Me trepo al portón y miro. Me animo un poco más. Lucas me advirtió: No vayas, no lo intentes. Desobedecí y fui. Me miró con sus tres ojos y me sonrió con sus múltiples bocas. Ahora, cuando duermo, siempre sueño con el sol, limones, bananas y campos de maíz. Y con poder volver a verlo.

JULIETA GHIGLIANI, 53 AÑOS, TIGRE.

La casa de San Antonio

Mi abuela vivía en Barracas, sobre San Antonio, cerca de la calle California. Salía con su changuito a hacer los mandados. Tenía cuidado, porque las veredas son dispares. La podías ver los jueves por la mañana. Si pasabas un domingo al mediodía, ibas a oler una salsa de tomate espectacular. Hacía panzottis, mientras mi abuelo, con sus lentes culo-de-botella, miraba el partido en la televisión de tubo. Se mudaron de allí hace unos años. Nunca dejó de hablar de su casa: «Cuando vivía en San Antonio...», decía, y comenzaba la anécdota. Yo también extraño la casa. Y a ella.

PAULA NATALIA CAIROLI, 27 AÑOS, AVELLANEDA.

Mario, mi papá

Aún te veo con tu delantal blanco en la carnicería, aquella noche en la que Racing salió campeón después de tantos años. Te pasé a buscar para ir a festejar al Obelisco. No quisiste porque era temprano para cerrar. Dijiste que vaya y festeje por los dos. «¿Festejar por los dos?». No había un solo cliente y habías esperado ese momento treinta y cinco años. Te insistí. Te quise sacudir y abofetear. A veces, el deber es una soga al cuello, un ancla que nos hunde. Todavía te veo detrás del mostrador. Esa noche no festejó ninguno de los dos.

FABIANA BROVIDA, 57 AÑOS, AVELLANEDA.

Castelar, 1966

Soy aficionado a la astronomía. Nos mudamos aquí, donde los cielos son limpios y el horizonte lejano. A pocas cuadras se va a construir el Acceso Oeste, pero por ahora es solo una larga lonja de tierra por donde se aventuran automovilistas sin prejuicios. Frente a mi casa hay un campo con vacas y una lagunita. Por las tardes, cruzo el alambre de púas y voy a mirar unos pececitos negros que se acercan a la orilla. Comparten conmigo una silenciosa conversación. Yo les pregunto sobre nuestro pasado común y ellos, respetuosamente, sobre otros mundos.

N. DANIEL FLORES, 68 AÑOS, BELGRANO.

La mirada

«Mirá cómo nos mira ese chabón por cruzar con luz roja». «¿Por cruzar con luz roja, decís vos?». «¡No!, es porque somos negras...». «¿Por qué somos negras?». «¡Y, sí!». «No, Mariela. ¡Nos mira porque somos travas!».

WIEGAND GOTSCHLICH, 33 AÑOS, BALVANERA.

Costanera

Cuando era chico, mi abuela me llevaba a pasear en auto. A la costanera. A ver los aviones despegando en Aeroparque. Y siempre me decía que cuando ella fuera viejita, la iba a llevar a pasear yo. El otro día la saqué a pasear en auto. A la costanera. A ver los aviones despegando en Aeroparque. Lloré un poco. Ella no se dio cuenta.

MILTON EKMAN, 36 AÑOS, NÚÑEZ.

Los ojos del perro

Es un perrito de gamuza con collar verde, flota en sus ocho centímetros y retumba contra la gravedad en cada semáforo en rojo. Tiene el cuello separado del resto del cuerpo y convierte al taxi en un lugar simpático. Al pasar el túnel que se debate entre Chorroarín y Constituyentes, clavo los ojos en el perrito y dejo que me sostenga, abandono mis pensamientos abrumados, ruego que el tránsito los disipe. El tráfico. La congestión respiratoria del traslado porteño que me arrastra hasta una casa a la que no deseo llegar nunca. Me mudé ahí hace seis meses y fue un error.

SOFÍA NAARA M., 31 AÑOS, CABALLITO.

Genealogía del silencio

El tío Luis era anarquista por intuición. Nunca leyó a Bakunin ni a Proudhon. Sus ideas se basaban exclusivamente en lo que él creía. No tomaba aspirinas porque no sabía cómo estaban hechas. Tampoco iba a la iglesia ni comulgaba, pues Cristo nunca le había pedido cosas semejantes. Un día se fue antes de la fábrica porque decía que se convertiría en un esclavo si trabajaba más de ocho horas diarias. Cuando empezó el Proceso, sus compañeros lo nombraron delegado. Murió en la ESMA muchos años antes de que la familia lo sepultara.

NICOLÁS OUTEIRIÑO, 37 AÑOS, LANÚS.

Ir a Chacarita

Tardamos diez años en ir a Chacarita con mi mamá y mi hermano. Antes de entrar, vimos los murales y compramos un ramo de fresas porque son baratas, y me gustan. Es raro que un lugar que está lleno de muertos sea tan lindo. Mi mamá nos contó que con su mamá, cada vez que iban a un velorio, después iban a comer pizza al Imperio. Ese día hicimos lo mismo: dejamos las flores y pedimos una pizza grande de napo con tres fainá. A mi viejo le encantaba la pizza.

CAROLINA ALONSO, 27 AÑOS, CABALLITO.

Rituales

Parsimonioso, se apoltrona en el banco de la plaza de la estación Coghlan. A su espalda, el puente de hierro cruza sobre las vías. Lo acompaña su cocker, tan entrado en años como él. Sigue con la mirada a los niños rumbo al colegio y acaricia al perro mientras aguarda. Lleva bien escuchado el noticiero de la mañana. La demora comienza a molestarle y se le empiezan a escurrir los comentarios preparados. Ya debería estar allí. Repasa, silencioso, su indignada diatriba sobre la actualidad. Espera mucho, pero el señor del caniche ya no volverá a prestar oído ni a compartir banco.

NICOLÁS KUNTSCHER, 49 AÑOS, PALERMO.

Los duendecitos del Parque los Andes

La primera vez que lo escuché vino de mi papá cuando me caí de uno de los viejos juegos del parque. Yo lloraba desconsolada mientras él revisaba el raspón, me dio un beso en la frente y me dijo: «Hay duendes que viven en el parque, ellos se llevan los dolores de los niños y los vuelven flores». Se volvió un hábito para mí encontrar paz en aquel lugar cuando el corazón duele. Hoy me siento en una banca, justo debajo del árbol más viejo, y abrazo tu foto. ¿Se llevan el dolor de los adultos también, papi?

NATASHA VILCHEZ DÍAZ, 30 AÑOS, CHACARITA.

Sumisos

Me cuesta mucho decir no. Entonces, termino comprándole rifas a falsos bomberos, cremas a socias de Avon y asisto regularmente a templos de religiones en las que no creo. Fui a «Sumisos Anónimos» en la cripta de la Basílica Santa Rosa, y ahí conocí a la hermosa Adela. Nuestras familias decidieron que contrajéramos matrimonio inmediatamente y prepararon una boda para doscientas personas de las que solo apreciábamos a diez. En un acto de rebeldía, Adela y yo dijimos: «No, no aceptamos», y nos amamos aún más bajo la odiosa mirada de ciento noventa personas que se quedaron sin fiesta.

OCTAVIO ECHEVARRÍA, 51 AÑOS, VARELA.

Confesión en tres actos

En el velorio de Don Genaro, en la calle Paraguay, nadie lloraba: discutían la herencia y comían sanguchitos de miga. Una adolescente se acercó al féretro, musitó un secreto que le crecía en el pecho. Nadie oyó, excepto el médico con prótesis de titanio, que olía a ética vencida. «¿Eso que dijiste cura?», preguntó, deseando patentar emociones. La adolescente pensó que las verdades no se lucran. El muerto no opinó. Afuera, la ciudad parecía normal. Adentro, el velorio giraba como carrusel absurdo. El secreto quedó flotando en el aire como perfume sin dueño. El médico lo inhaló. Era humano. Tarde.

HORACIO ALBERTO CALCAGNO, 60 AÑOS, SAN ISIDRO.

Anecdótico

La historia fue así: Salgo de la facu, eran las ocho. El show era a las nueve. Me subo al bondi, lleno... mal, mal. Bajo en Caballito y me tomo el subte. Combino con la H y me entero de que llegaba hasta Corrientes nomás. Estaban de paro. Me bajo y pregunto qué me dejaba en Facultad de Derecho. Nadie sabía. Masti-cando bronca, hago las estaciones ¡a pata! Llego, y me quiero matar... me había olvidado la entrada. Puteo a los cuatro vientos, solo, pataleando, todo mal. Y ahí, la veo a tu mamá: la miré, me miró. Me enamoré.

JUAN CRUZ ARIAS PEREYRA, 20 AÑOS, CABALLITO.

Antes que el Obelisco

Dos genoveses se bajan de un barco en 1927. Deciden abrir una pizzería en la Avenida Corrientes. La llaman Güerrín, por un personaje justiciero, a lo Robin Hood. Desde entonces, porteños y extranjeros comen su pizza media masa con una cantidad desmesurada de muzzarella, entre mosaicos venecianos y mármol. El gratinado del queso es el secreto: lo da el quebracho y el horno, que se prendió en 1932 y no se apagó nunca más. Perón, Maradona, Susana Giménez y Darín estuvieron en su barra. Cada vez que paso por su puerta, yo también entro y pido una porción de Buenos Aires.

GUILLERMO ANDREOTTI, 60 AÑOS, VICENTE LÓPEZ.

Marly

Mi abuela Marly tiene ochenta y seis años, y yo, treinta y seis. Vivimos cerquita desde que tengo tres. Sopló, para mí, el vapor de alrededor de ocho mil tazas de café con leche en la vida. Cuatro mil veces peló papas con un cuchillo que aflaba entre los dientes, y las horneaba con limón y manteca. Me bajó la fiebre en cincuenta y siete oportunidades. Me contó cuentos en el hospital, me empujó en una bicicleta a los diez, me curó las alas al despegar. Hoy, encorvadita, la llevo de la mano cada tarde por esos edificios siempre nuevos.

ALEJANDRO POMPEI, 37 AÑOS, COLEGIALES.

Busco casa en CABA, diez dormitorios, apto animales

Que hable de los problemas, me dice la psicóloga. Que si no, las cosas se convierten en un elefante en la habitación.

PATRICIA STRAUCH, 47 AÑOS, BELGRANO.

BUENOS AIRES EN 100 PALABRAS



Seguí imaginando la ciudad y escribila
en www.buenosairesen100palabras.com

Presentan



FUNDACIÓN
PLAGIO



Buenos
Aires
Ciudad

Colaboran



BIBLIOTECAS
DE LA CIUDAD



chasco
CLUB



buscalibre

Leamos  Bajalibros